

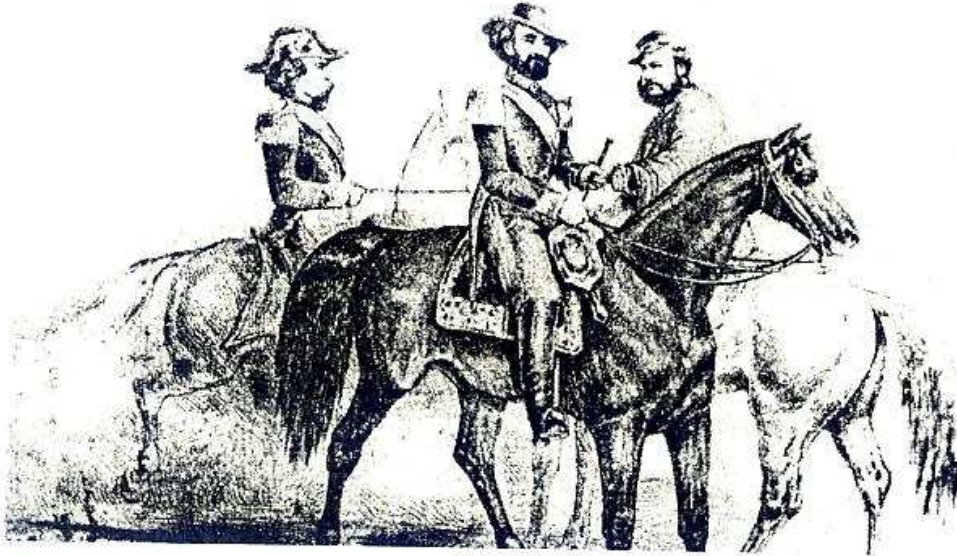
EL DIARIO “LA NACIÓN”

Su primer número aparece el 4 de enero de 1870. Y era simplemente una hoja. Gobernaba el país Domingo F. Sarmiento. “La Nación” sucedía y continuaba a “Nación Argentina”, uno de los 4 diarios influyente de la época, creado en 1862 por José María Gutiérrez y que fue como puede leerse en un folleto evocativo “órgano del pensamiento gubernamental del país entre 1862 y 1868”, fechas en las que gobernó la Nación Bartolomé Mitre (históricamente enfrentado a Sarmiento).

En el segundo semestre del año 1869, Mitre comienza a pensar la salida de un periódico en una carta que envía a Juan Carlos Gómez: **“Voy a hacerme impresor y me falta el tiempo material para hacer muchas cosas a la vez. Hijo del trabajo, cuelgo por ahora mi espada, que no necesita mi patria, y empuño el componedor de Franklin. Invito a Ud. a venir a visitarme a la imprenta, comprada no con mis capitales, sino por una sociedad anónima, de la que seré siempre accionista y gerente. Allí en medio de los tipos y las prensas, me encontrará en el punto de partida”**.

Así es que el 28 de diciembre de 1869, “Nación Argentina” anuncia el nacimiento de “La Nación” para el 1^a de enero, (aunque en rigor a la verdad recién sale el primer número el martes 4; ya que el 1^o es feriado, el 2 es domingo, y el 3 es lunes, día que no salen los periódicos). Anuncia también una circulación de cerca de 3.500 números. (Dato a tener en cuenta: en Buenos Aires viven por entonces 177.787 habitantes, el 5% de esa población –unas 5 mil personas- pertenece a la clase alta. Y solamente del total hay 83.000 individuos que saben leer y escribir).

25 de marzo de 1976. Dice el editorial inaugural de *La Nación*: “La crisis ha culminado. No hay sorpresa en la Nación ante la caída de un gobierno que estaba muerto”.



Bartolomé Mitre fundó *La Nación* para apoyar un modelo de país que miraba a Europa y le daba la espalda a América Latina.

La edición inicial del diario establece las diferencias entre ambos diarios: **“La Nación Argentina era un puesto de combate. La Nación será una tribuna de doctrina (...) La Nación Argentina fue una lucha, La Nación será una propaganda”.**

Para los rivales (La Tribuna, El Nacional, La República), la abreviatura sirve de burla. Dicen que “La Nación, que en otros tiempos fue Argentina...”. Pero de nada valen las bromas; una semana después de su comienzo, La Nación coloca 10.000 ejemplares y pasa a compartir con La Tribuna la hegemonía del periodismo local.

Hago una observación. Contra lo que pudiera parecer, el enfrentamiento, la lucha, las posiciones, entre todos esos periódicos era constante y a veces hasta virulenta. Competían permanentemente. Y por ejemplo, La República, que el chileno Manuel Bilbao saca desde 1868, logra descollar por lo avanzado de su técnica y por dos innovaciones: es el primer diario voceado en las calles y vendido a precio ínfimo; un peso.

Mitre subasta sus muebles, cortinados, adornos, obras de arte y tesoros de bibliófilo; con ese dinero compra su participación en la sociedad anónima, que se constituye el 15 de marzo con un capital de 800.000 pesos, dividido en 32 acciones de 25 c/u; las suscriben:

Bartolomé Mitre (4)
José María Gutiérrez (4)
Antonio Lezica (4)
Anacarsis Lanús (4)
Rufino de Elizalde (4)
Cándido Galván (4)
Delfín Huergo (4)
Juan Agustín García (2)
Francisco de Elizalde (1)
Adriano Rossi (1)

En un documento redactado por Mitre en aquel instante, se aclara que él ha tomado 2 acciones de Huergo más otros valores por \$ 45.000 “que representan un total de \$ 195.000 en acciones abonadas”. Posteriormente Mitre adquirió el resto de los títulos y el diario quedó por entero en su poder.

El 26 de abril, La Nación, muda sus talleres, oficinas y sala de redacción al hogar de Mitre (San Martín 208) y cuando en 1885, a su vez, se traslada a un edificio contiguo, diseñado por el Arquitecto Buschiazzo sobre planos del ingeniero Emilio Mitre, es ya una empresa próspera, una voz resonante. De algún modo las clases altas se vieron interpretadas por La Nación (sus accionistas eran de clase alta y escribían para ellos y para sus iguales)

El matutino fundado por Bartolomé Mitre acompañó desde sus inicios las ideas de las clases dominantes, los grandes empresarios, la Sociedad Rural Argentina y la Unión Industrial Argentina y jugó un papel muy importante, si se tiene en cuenta que no hay ninguna institución –salvo la Iglesia– (porque otros medios fueron censurados en el peor momento al igual que los partidos políticos) que haya podido hablar durante 130 años seguidos sin interrupción. Su lema será: “Credibilidad, objetividad y pluralismo”. Sus directores son siempre de la misma familia: Bartolomé Mitre y Vedia y Emilio Mitre, hijos ambos de Mitre; Luis Mitre y Jorge A. Mitre, nietos del fundador; Bartolomé Mitre, biznieto del general; y el último Bartolomé Mitre, tataranieto.

La Prensa.....Lenguaje directo, con mayor energía, sin rodeos.

La Nación.....La tajante verba de Mitre deja lugar a un lenguaje pulcro, pulido, considerado, pero que nunca deja de lado ciertos principios.

Ejemplo: Vimos lo que pasó con La Prensa en la época peronista (46-55). Sin embargo, La Nación sobrevivió casi sin rasguños ese período, salvo

una huelga de gráficos que frustró su aparición regular desde el 8 de febrero hasta el 3 de marzo de 1948. Y las 4 clausuras que sufre el diario en toda su historia datan de mucho antes:

1874-1875.....	5 meses
1876.....	9 días
1890.....	10 días
1901.....	1 día

De todos modos, ese período peronista fue una especie de crack, de bisagra, de disyuntiva, para el diario de los Mitre. Esto en lo que respecta a su pensamiento liberal-conservador.

(Al que quiera profundizar en el tema, le aconsejo leer: “La política mirada desde arriba – Las ideas del diario La Nación 1909-1989”, investigación sociológica publicada por Ricardo Sidicaro en forma de libro, en 1993 por Editorial Sudamericana).

Entre 1909 y 1943 las ideas están plenas de certezas. Las editoriales del diario transmitían la sensación de que el país tenía un futuro y un desarrollo lógico y predecible. Pero a fines de los 40, los razonamientos perdieron firmeza y contundencia. La cuestión cambia con el peronismo. El diario empieza a sentir que algo no anda bien. No entiende eso de la introducción de las masas en la política, por ejemplo. Y a partir de allí ya nada es igual. Los sectores liberales entendían, hasta antes de la aparición de Perón que el pueblo era naturalmente bueno (como que vivía en un estado de naturaleza permanente) y que incluso si se equivocaba, podía aprender, corregir actitudes y mejorar. Obviamente, este razonamiento entra en crisis a partir de mediados de la década del 40. Las incertidumbres campean cuando comienzan a dudar si la gente es realmente sabia, porque ven que, sistemáticamente, las opciones electorales son distintas a las que ellos consideran que deberían ser. (Laborismo vs Unión Democrática). Para justificar esta anomia entre el pensamiento y la acción, entre la teoría que elucubran y la práctica que se les vuelve irremediabilmente en contra, accionan una vuelta de tuerca y comienzan a justificarse diciendo que tal vez el pueblo siga siendo bueno pero que son los gobernantes demagogos quienes lo llevan por mal camino...

La Nación reflejó en sus páginas el 17 de Octubre, con estas palabras: **“Hemos presenciado con asombro y pesar el espectáculo dado por las agrupaciones de elementos que no obstante la categórica prohibición, de fecha reciente, de celebrar reuniones en la vía pública, han recorrido las calles dando vítores a ciertos ciudadanos, y en esta ciudad**

acampando durante un día en la plaza principal, en la cual, a la noche, improvisaban antorchas sin ningún objeto, por el mero placer que les causaba este procedimiento”. (Firma Jorge Mitre, director del diario).

En 1970, los datos aportados por una revista de actualidad (Periscopio N° 16, 6-1-70), con motivo de los 100 años que cumple La Nación, habla de que en esa empresa trabajan 1.800 hombres y la tirada es de 235.000 ejemplares.

Esos 100 años no han transcurrido en vano. Algo cambió (¿para que todo siga igual?). La Nación, con discreción, con cautela, se “aggiornó” para perdurar: encaró la publicación de una revista dominical que al igual que la de Clarín, fuera vehículo de mayores entradas por facturación de publicidad y lanzó una campaña también publicitaria destinada a promover su sección de avisos clasificados –también como Clarín- basada en el slogan “La, La, La Nación...” y también adquirió los servicios del periodista José Claudio Escribano, responsable de “La Semana política”, una columna que a lo largo de los años ha logrado centralizar la atención de otros periodistas y de los factores de poder en base a buena información, racionalidad, y realismo.

Dos matutinos porteños compitieron siempre por la imagen de ser un diario “tradicional”. Enrolados ambos en los ideales del liberalismo –más económico que político- ensayaron adquirir la solidez y la “credibilidad” de quien era seguramente su modelo: el antiguo y venerable Times londinense.

La batalla entablada entre La Nación y La Prensa arrojó, en la década del ´60, el rotundo triunfo del primero como empresa líder; La Prensa sólo mantuvo tras de sí a los devotos de la austeridad conservadora y del recuerdo de las horas difíciles de su expropiación por parte del peronismo en el poder, a las expresiones de la aristocracia en decadencia (tan en decadencia como los intereses del imperio británico que gustaba ensalzar), y a soldados de una causa definitivamente perdida a manos de la burguesía industrial.

La Prensa.....Gran Bretaña.....Aristocracia

La Nación..... EE.UU.....burguesía industrial

Pero este alineamiento de La Nación, no le hace perder ideología. Puede verse el domingo 14-3-76 en el diario, que Fidel Castro es un “barbado y obeso” dictador mientras al mismo tiempo mantiene el respetuoso “general” o “presidente” para Augusto Pinochet.



La diferencia entre La Nación y otros diarios, siempre tomando como punto de análisis la década del 70, cuando cumple 100 años de vida, es simple y meridiana: No aspira como otros órganos, a construir un puente de plata entre la pequeña burguesía y la clase dominante, al menos por el engaño. No quiere ni convencer ni engañar. Existe para quienes ya están convencidos, para informarlos, orientarlos, abastecerlos de razones que les impidan apartarse de la ortodoxia liberal. Es el gran órgano de la burguesía para la burguesía o para aquel sector de la pequeña burguesía que sigue incondicionalmente los dictados del poder, que piensa como la burguesía. No es causal que de sus filas haya surgido primero Mariano Grondona y luego José Claudio Escribano, mentores y voceros de la oficialidad del ejército, interpretes de la realidad para las cúpulas castrenses, financieras, industriales y aun para la capa de tecnócratas ligados al poder por su particular inserción en el aparato estatal.

Los que firman sus artículos en La Nación como diría Landrú son “gente como uno”; apellidos ilustres generalmente vinculados a la familia propietaria: Gallardo, Ezcurra, Drago en el cuerpo central del diario; González Lanuza. Muñoz Larreta, Rebollo Paz en el suplemento cultural. En consonancia con este mundillo “social, culto y distinguido”, por mucho tiempo, fue sinónimo de “status” aparecer en “sociales” del diario y en donde los lectores podían informarse de que la señora de cuatro apellidos guardaba cama (eufemismo que se utiliza para explicar que dicha señora ha parido como cualquier mujer embarazada) siendo su estado satisfactorio al igual que el de su hijo fulanito....; de que el señor Nazar Anchorena sufrió un accidente ecuestre del que se repone, ó de que “una distinguida dama de nuestra sociedad, adornada con innumerables virtudes” ha fallecido.

Otro detalle no menor que aprovecha el diario: las “cartas de lectores” que siempre presentan una retahíla de quejas contra el mal funcionamiento de empresas –siempre oh casualidad estatales- como Correos, Agua y Energía, Segba y Entel- y donde tácitamente y a veces expresamente se aboga por su privatización.

Ahora bien, estas cartas de lectores deben tomarse con pinzas y muchísimo cuidado a partir de lo sucedido en 1998 entre el diario y el Dr. Juan Manuel Abal Medina. Todo comenzó el 4 de diciembre de ese año cuando el diario en su página 13, en una nota firmada por Alejandro Di Lázzaro, titula: “Un millón de pesos para Abal Medina. Reparación: Menem benefició a uno de los hombres clave en el operativo retorno de Perón por haber sufrido persecuciones”. Es una nota “objetiva” que cuenta como se llega a la reparación y repasa los antecedentes políticos del Dr. Abal Medina. Todo parecía terminar allí. Pero no. Cuatro días mas tarde (8-12-98), en su página 14, “La Nación” brinda nada menos que una editorial titulada “El insólito caso Abal Medina” en donde deja claro su disconformismo por el decreto de Menem mediante el cual el Estado renuncia a los beneficios de prescripción en el juicio por daños y perjuicios que le sigue Abal Medina y le pagará a éste cerca de un millón de pesos. Considera tal medida “un verdadero escándalo moral e institucional” y reafirma que “la opinión pública ha recibido con asombro e indignación esta decisión prebendaria y absurda del gobierno nacional, por la cual se le hace perder un juicio al Estado Nacional sin motivo alguno, con el exclusivo propósito de favorecer a un militante del oficialismo”. La editorial concluye destilando esa ideología implícita del diario que nunca gusta mostrar descarnadamente: “El hecho de que el Estado renuncie a la prescripción que le concede el Código Civil es de una gravedad inusitada. Es lamentable que el Poder Ejecutivo no vacile en lesionar los intereses de la Nación –que debería ser el primer en defender- para beneficiar a un militante político que, para mayor agravio del sentimiento público, tuvo activa participación en un período oscuro de la vida nacional, que el país evoca hoy con un estremecimiento de angustia y dolor”.

Abal Medina envió un texto al diario explicando su posición, que fue publicada parcialmente. El resto del mes, en “La Nación” se publicaron “cartas de lectores” sobre el hecho. En una de ellas (27-12-98) puede leerse:

“Con la publicación de la carta de un individuo nefasto de reconocida trayectoria, ‘La Nación’ se ha excedido. La apreciación y comparación de su moral es irrisoria y temeraria pretensión en un delincuente...”. Esa carta

apareció con la firma de un tal Sr. Bohigas. Abal Medina hace averiguaciones y observa que ninguna persona con ese apellido figura ni en guía ni en el padrón electoral y que el único Bohigas que existió era uno de nombre Andrés que murió en 1962. Y asevera que tampoco encontró a ningún Bohigas en Junín 52, domicilio que aparece debajo de la firma.

Dice Abal Medina: “Es claro que o bien la supuesta carta no existió o lo que no existe es su autor. Lo que en cualquiera de los supuestos existe, es la injuria en mi contra. La publicación de la carta de Bohigas en el mejor de los supuestos implicó no haber tomado el más mínimo recaudo para verificar si el presunto firmante existía o por lo menos si se domiciliaba en el lugar que indicaba”.

El subdirector de “La Nación”, Escribano, sobre una supuesta invención de la carta en cuestión dijo que” Es inaceptable. Es no conocer La Nación. Nunca llevaríamos al lector a un error deliberadamente”. Para peor, días antes, por T.V., el general Balza, sin nombrarlo, también acusó al mismo diario de “publicar una carta falsa de un abogado José María Salas”. (Página 12, 31-12-98. Pág. 4).

No se detienen ahí las casualidades. Hace poquito, unos días nomás, un lector, Luis J.B. Clara en la misma sección, el 5-9-2000, se queja de que el diario “La Nación” publicó días atrás una carta del Dr. Martínez de Hoz y luego otra del señor Roberto Alemann, ambos ex ministros del Proceso. Dice textualmente Clara: “Es así que observamos con cierta curiosidad que asiduamente se publican cartas de lectores pertenecientes a ministros y funcionarios de un gobierno cuya cúpula ha sido condenada por la Justicia en un inobjetable juicio, que tuvo trascendencia internacional... (...) Sin embargo no se publican las cartas de lectores que, seguramente, les contestan a estos ex funcionarios de ese gobierno. Y uno, lector asiduo, se pregunta si de verdad, la sección ‘Carta de Lectores’ es un reflejo del abanico de opiniones que necesariamente existe en la sociedad toda”.

Con la globalización, llegan nuevos tiempos para el diario. Su actual director es otro Bartolomé Mitre, tataranieto del iniciador. Tiene 60 años, 4 hijos y está casado con Blanca Isabel Alvarez de Toledo. Apunta a que su empresa editorial se convierta en un multimedio. (Radio del Plata, -AM y FM-, Cable Cele Video Color de Capital, canal de cable canal 4 de San Pedro, etc. También se asocia con Loma Negra y Banco Extrader en 1993 para la operación del satélite doméstico en Paracom S.A.).

La Nación está bien posicionada actualmente (datos 1993). De los que dicen leer los diarios todos los días, leen:

Clarín 1.060.000 personas
LA NACION 293.000 personas
Ámbito Financiero 211.000 personas
Crónica matutina 202.000 personas
Página 12, 170.000 personas

En boca de su director (el ya mencionado B.M.) se evidencian cambios importantes. Preguntado por Cristina Noble (revista Noticias, 8-8-93) si el diario es “el vocero del establishment”, Mitre dirá que se trata de “una pregunta tal vez demasiado categórica. ‘La Nación’ es un diario tradicional, que evidentemente, llega a las clases alta y media alta, aunque ahora también está penetrando en las clases más bajas (yo diría medias. Nota de R.B.) a partir de la edición de la enciclopedia Salvat y La historia del rock”. Sobre esto hay que decir que los fascículos de la enciclopedia Salvat que salían los jueves, aumentaron la venta en un promedio del 49,77% y con la historia del rock, todos los lunes el aumento fue del 47%, unos 80.000 ejemplares más vendidos.

Repreguntado sobre si el diario cambió de ideología, Bartolomé Mitre – tataranieto- afirma que: “La Nación sigue siendo fiel al slogan que creó su fundador; somos una ‘tribuna de doctrina’. Pero, evidentemente, es un diario que tiene que ‘aggiornarse’. Hemos tenido la suerte de acomodarnos a los tiempos en cada momento. Tenemos que mantener e incrementar la venta; uno no tiene que bajar la calidad para aumentar el ‘rating’. Básicamente, nosotros somos fieles a nuestros principios. La credibilidad de nuestros lectores, su confianza, son fundamentales. Preferimos por eso, perdernos algunas noticias antes que salir con algunas que no se pueden probar”. Según algunos que trabajan desde siempre en el diario, esa pregunta (si el diario cambió de ideología) debe contestarse con algo así como: “se trata de aflojarse la corbata sin quitarse el saco”. En esto también influye mucho, esas ideas del diario que van cambiando, adaptándose.

La reconciliación con la democracia como régimen de representación política se produjo tanto por el desastre provocado por los militares como por el hecho de que por primera vez, en 1983, el peronismo resultó derrotado en elecciones libres. Luego, en 1989, la transformación ideológica representada por Menem al volcarse al liberalismo económico completó las condiciones para que se profundizara el cambio de perspectivas ideológicas de los sectores liberales-conservadores. Lejos quedaba esa frase de J.W. Cooke, por tanto tiempo en vigencia, de que el peronismo era “el hecho maldito del país burgués”.

Un dato: Ideología de los lectores que leen “La Nación” (Fuente: Hugo Haime y asociados).

Es liberal.....	37%
Tiene distintas ideologías	37%
Es justicialista.....	14%
Es radical.....	12 %

Otro dato; Quienes leen “La Nación”. Porcentaje de lectores por edad. (Fuente: idem anterior).

De 30 a 49 años.....	45%
De 50 a 64 años.....	24%
De 18 a 29 años.....	21%
De 65 y más años.....	10%

En la actualidad, la tendencia general va hacia el empirismo y se desconfía de las ideologías. La cuestión empresarial de los medios se apodera del todo y desplaza todo atisbo de ideologización. En este marco, ¿También ‘La Nación’ seguirá esta tendencia?: Según el reconocido periodista Horacio Verbitsky, pese a la modernización que impulsa el “holding” ‘La Nación’, a convertirse en un multimedio regido más por las leyes del mercado que por las viejas ideas, hay algo en él que perdura. **“La Nación – dice Verbitsky- es el único medio confiable para el poder permanente, en cuyas páginas se articulan significativamente los mensajes internos de esa elite y hacia el resto de la sociedad, pensando en el largo plazo y más allá de las personas”.**

Entre 1973 y 1976 hubo una fuerte lucha (no solo ideológica, sino en todos los frentes) en el país entre dos sectores, los que defendían el sistema y los que aspiraban a cambiarlo, lo que generó una situación pre- revolucionaria.

Con el golpe militar de Videla, el sector revolucionario, tanto de izquierda como peronista, fue borrado a sangre y fuego, a través de la desaparición forzada de personas. Tan confiable, (como bien dice Verbitsky) fue siempre “La Nación”, y muy consciente de que estaba en juego la misma existencia de esa clase que representa, que estaba acosada como dije por fuerzas revolucionarias, que el diario de los Mitre no dudó en publicar, ya en 1980 cuando se conoció en Argentina el Informe de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos, de la Organización de Estados Americanos, que “No hay en el informe de la O.E.A., agresivo, desleal y carente de equidad con la Argentina, el menor rastro de haber tenido los

ojos abiertos y los oídos atentos para la verdad. Prefirieron mantenerse en la postura de los acusadores y dejaron de lado el honor de ser jueces”.

Ni más ni menos, ocultaban el genocidio.

